

Autonomía, independencia o *status quo*. ¿Qué les conviene más a las islas?¹

Autonomy, Independence or *Status Quo*.
¿What is the most Convenient for the Islands?

Harold Bush²

Es claro que algunos sectores de la comunidad nativa (prefiero este término al de “raizal”) de las islas quieren una mayor autonomía (asociada a un real control económico y político por los mismos nativos) mientras que otros hablan de independencia y la subsecuente formación de un nuevo país o el establecimiento de un categoría de libre asociación tipo Puerto Rico con respecto a los Estados Unidos. No veo, con la excepción de Nicaragua, qué país se le mediría a dicha monumental y delicada tarea que no tiene antecedentes recientes, aunque el caso de algunas islas de las Antillas Holandesas *vis-à-vis* Holanda puede tomarse como referencia, pero tienen un enlace constitucional-legal muy distinto al de nuestras islas tienen con Colombia. Desde luego, la mayoría de los habitantes del archipiélago prefieren que sigan perteneciendo a Colombia. En lo que todos están de acuerdo es en que la situación de las islas (desde todos los ángulos que se le mire)

está en serios cuidados intensivos y algo se tiene que hacer con urgencia.

Por fortuna para el proceso político local, el discurso, la afiliación y el dinamismo político no han tomado un rumbo de evidente división étnica. Lo que se da es un respeto mutuo a las opiniones de cada sector y el hecho de que los “no-nativos-no-raizales” mantienen silencio y han tomado más bien el papel de observadores frente a lo “nativo” *vis-à-vis* el gobierno central. Esto es digno de destacar porque lo último que queremos es una división interna que vaya más allá del debate cotidiano entre vecinos y que en últimas terminaría distrayendo a todo el mundo de la labor urgente de enderezar la situación de las islas.

Es imposible no tomar partido aunque estoy tratando de escribir esto desde un punto de vista cercano a lo neutral y académico. Me atrevo a

1 Una versión de este artículo fue publicada El Isleño.com, el sábado 25 de octubre de 2014.

2 Politólogo, Universidad de los Andes; M.A. Politics, University of Leeds; Ph.D. en International History, London School of Economics; trabaja en el sector privado y además se ha dedicado a la investigación histórica y política sobre el archipiélago. Correo electrónico: haroldbush@yahoo.co.uk

señalar de una³ que prefiero seguir siendo colombiano y no veo cómo podrían las islas sobrevivir bajo un estatus de nación independiente. Con el flagelo de las drogas rodeándonos y permeando cada rincón de las islas, y con una Nicaragua hostigando y pugnando en busca de más aguas, no veo cómo la vida para todos sería mejor. Nicaragua, bien lejos de ser un modelo como Colombia donde la democracia reina a pesar de sus imperfecciones, se muestra amable con los nativos pero, dejémonos de cuentos, no está interesada en su bienestar. Nicaragua tiene intereses territoriales y a los que critican a Colombia por tenerlo también (además de tener interés en el proceso por querer terminar con los nativos) les digo que se bajen de las nubes. Unas islas independientes y sin la protección de Colombia o de una entidad que garantice esa independencia estarían sujetas a la posibilidad de una invasión de Nicaragua.

Desde luego uno está afligido por los problemas de las islas, sobre todo porque el carácter anglo-caribeño de San Andrés (y en menor medida de Providencia) se está diluyendo gota a gota y, de no cambiar las cosas, dentro de poco la identidad caribe con acento inglés estará extinta y la población de origen nativo será una minoría aún más reducida en su propia tierra. Dentro de dos o tres generaciones el inglés de las islas para uso cotidiano puede ser cosa del pasado, toda vez que la tendencia poblacional parece apuntar a que la proporción de nacimientos de personas de origen continental (pura o mixta con nativos) con respecto a los de origen nativo isleño es de 12 a 1.

Quiero dejar claro también que no es fácil hablar de estos asuntos sin pensar en horribles situaciones de xenofobia y de limpieza étnica que se han dado y se siguen dando en algunas partes del mundo, incluso en los llamados países desarrollados. Me resulta incómodo escuchar a gente de muy alto calibre intelectual de las islas hablar de “sacar” a gente de las islas. Es indudable que

dicho argumento muestra más el grado de desespero que una tendencia racista o una proclividad a algo tan inhumano e ilegal como una limpieza étnica. Desde luego, las políticas de control poblacional deben seguir, deben ser más firmes y deben mejorarse pero esto debe hacerse sin atropellar los derechos humanos de las personas afectadas. He escuchado comentarios, ubicados en la coyuntura política y la realidad migratoria en Europa, en los que también se habla de que hay muchos inmigrantes, de sacarlos, etc., etc., y que se considerarían racistas y xenófobos.

Es relevante aquí resaltar el hecho de que en las islas cohabitan varias personas que pertenecen a varias comunidades. En esto radica parte del problema, sobre todo el del llamado “etnocidio cultural y lingüístico” de la comunidad nativa y la sobrepoblación. Pero no por ello se puede justificar un atropello. Muchas personas aterrizaron en las islas en busca de un mejor futuro. Nadie les impidió llegar. Algunos políticos los trajeron y les dieron posada. La isla requería mano de obra para surtir la demanda laboral derivada del modelo de desarrollo desordenado del Puerto Libre. Estos inmigrantes, la mayoría de ellos pobres y poco educados, provenientes de zonas rurales o de barriadas de las ciudades grandes de la costa caribe colombiana o de Medellín, no tenían en mente hacerles daño a las islas ni mucho menos a la cultura local. Muchos isleños nativos incluso facilitaron y promovieron esta migración. Se fue dando un proceso simbiótico-migratorio bien desordenado y sin control, centrado en la búsqueda del dinero rápido tanto por parte del comerciante como por parte del trabajador normal.

Tampoco es justo culpar a Colombia por lo que ha pasado y sigue pasando. Tuvo una política de soberanía donde buscaba eliminar lo nativo y poblar a las islas de gente de habla española, la cual desde todo punto de vista era limpieza étnica pura y clara, pero esta política terminó hace rato. Desde Bogotá no se piensa ya en algo tan grotesco. Existen ya normas favorables a lo nativo. Pero hay una nueva realidad local, una tan grave que Colombia, a mi modo de ver, no

3 Nota del editor: La expresión “de una” es una expresión coloquial muy típica del lenguaje cotidiano en Colombia y podría ser equivalente a la expresión “sin vacilar”.

sabe cómo enfrentarla, o por lo menos por dónde comenzar. Y por más graves que sean, dentro de la complejidad de los problemas aún más graves que aquejan al resto del país, aparecen párvulas. Colombia no necesariamente es eficiente como para planear y ejecutar. Recordemos que el metro de Bogotá lleva más de 50 años en planeación. Colombia se caracteriza por tener un Estado complicado, ineficaz, ineficiente y en muchos aspectos disfuncional. Tiene descuidadas todas sus fronteras, no sólo a nosotros. Los que toman decisiones no le prestan atención a su entorno inmediato, mucho menos a nosotros. ¿Alguien ha visto recientemente cómo está de descuidada la Candelaria y la zona vecina al Capitolio y al Palacio de Nariño en Bogotá, el centro del poder nacional? En vez de culpar solamente al “estado colombiano” tenemos que tener en mente que en las islas se han dado por sí solos procesos complicados y negativos (también positivos) en este, un sitio característico de captación de población migratoria atraída por un desarrollo económico cuya misma dinámica demandaba de todos modos esa población migratoria. Tenemos que balancear las cosas al asignar culpas. Colombia no tiene la culpa de todo.

No es un país perfecto. ¿Cuál lo es? Noruega y Qatar, con uno de los ingresos *per cápita* más altos del mundo, tienen sus problemitas. El índice de suicidio en el Japón es altísimo. Londres, París e incluso Hong Kong tienen sistemas de metro ya saturados que hacen pensar en el transmilenio que ya no da abasto. De otro lado, nosotros no somos el único pueblo nacional con problemas muy serios. Más bien algunos dirían que somos consentidos de Bogotá por el alto grado de inversión *per cápita* que se destina a las islas. Piensen un poquito en el Chocó, Tumaco, Buenaventura, el Putumayo o la Guajira. Por lo menos no hay gente en las islas que se ha muerto de hambre como en La Guajira (aunque se han detectado altos niveles de desnutrición infantil). Colombia, un país en vías de desarrollo y de ingreso medio, tiene su bandeja bien llena de problemas y, a medida que se moderniza y se vuelve más rica, como

ha sido el caso en los últimos diez a quince años, estos problemas se multiplican y se vuelven más complejos.

Importantísimo también tener en cuenta aquí es el hecho de que algunos tomadores de decisiones, tanto en Bogotá como en las islas mismas, no siempre aciertan y a veces se equivocan gravemente. A veces no prestan atención adecuada a los problemas (de hecho muchos funcionarios públicos sólo piensan en el sueldo, en las vacaciones, en irse a viaticar, en la pensión, en sus derechos; a muchos les importa un bledo hacer algo). Además, tenemos que hacer un análisis para ver cómo nosotros mismos, como ciudadanos comunes y como gobernantes o líderes políticos y sociales, hemos pecado por no haber hecho algo por las islas o por haber hecho algo en contra de los intereses de las mismas. Tenemos que pensar como comerciantes qué hemos hecho por mejorar las islas, más allá de generar empleos. Conozco muchos que han sido bastante generosos pero también otros, nativos y “pañás”, que se han vuelto ricos y le han dado la espalda al archipiélago y no han sido capaces de devolverle algo.

Las islas no tienen un Bill Gates o un Warren Buffett que haya entregado ni siquiera una parte ínfima de sus fortunas a causas sociales. De manera que eso de culpar a Colombia por todos nuestros males no funciona del todo. En sitios ricos como Japón, Estados Unidos y Europa, el Estado no hace todo y allí es donde organismos de caridad, que se benefician de donaciones de gente rica, entran en juego. Nosotros también en parte tenemos la culpa y se dieron procesos desfavorables donde la gobernabilidad y lo institucional no tuvieron nada que ver. A manera ejemplo, no entiendo la incongruencia de que cuando los muchachos que se prestan al servicio del tráfico de drogas “coronan”, los familiares celebran; pero cuando la acción termina en algo trágico, hay lamentos y pena. Tampoco entiendo cómo algunos personas de plata y gente prestante de las islas “ponen el dinero” para el asunto de la droga pero cuando hace poco hubo varios homicidios

asociados a dicha actividad culparon a “*Raimundo y a todo el mundo*” pero sobre todo a Bogotá.

Comparto con Ralph Newball y varios otros líderes locales la opinión de que el archipiélago necesita urgentemente un modelo de desarrollo sostenible con una población sostenible. Este no es un argumento ni un clamor nuevo, pero estamos parqueados en un curva donde o se hace pronto o esto termina bien mal y dentro de poco se hablará de problemas aún más agudos, emigración masiva, subpoblación y el aceleramiento de la ya en ciernes disminución de las actividades económicas en general. La balanza de necesidades apunta a que una autonomía (y mucho menos una independencia) no necesariamente otorgaría los recursos para dicho desarrollo sostenible. Sin los enormes subsidios de Bogotá y sin una fuente fija y robusta de ingresos, no veo cómo las islas sobrevivirían. En el hipotético evento de que haya independencia se tendrá que recurrir a una fuente generosa para financiar a las islas y esto conllevaría necesariamente a una subordinación a la organización o país que se preste a ser el “*cash-cow*”.

De otro lado, un asunto de extrema relevancia es que, como las islas son un delicado caso de control de soberanía nacional por lo de Nicaragua, Colombia no dejará las riendas sueltas, aunque es posible que las afloje para ciertos casos. Por lo tanto, que las islas obtengan independencia lo veo imposible. Colombia no las soltará, punto. En el remoto caso de llegar a haber un referendo, pues simplemente la realidad poblacional no la favorecería por dicha vía porque la comunidad de descendencia continental es mayoritaria y es la que contundentemente sin duda votaría a favor de permanecer colombianos. Además, no todos los nativos quieren dejar de ser colombianos.

Comparto la opinión de que se requiere una mayor autonomía para poder manejar ciertos asuntos (como control poblacional, integración con la zona caribe con quienes tenemos una afinidad histórica, cultural y lingüística para beneficio de la comunidad anglo-caribeña de las islas, y también para un mayor intercambio comercial

con zonas más cercanas a las islas para beneficio de todos al buscar abaratar el costo de vida en las islas debido a los altos costos de traer productos de consumo desde el continente colombiano). La mayor autonomía es posible dentro de los preceptos del artículo 310 de la Constitución. Pero las posibilidades de algo substancial son algo remotas, sobre todo en lo atinente a dejar que las islas manejen sin el control de Bogotá ciertos asuntos que pueden lesionar la soberanía nacional. El congreso colombiano tiene que legislar para esto y veo improbable que lo haga. Me viene a la cabeza el “estatuto raizal” que lleva ya años en fase de diseño.

De otro lado, con la división de opiniones que hay en las islas sobre lo divino y lo humano, no se tiene claro qué se va a hacer con una mayor autonomía y quiénes la van a manejar. La OC-CRE⁴ es el único caso real y exitoso de mayor autonomía otorgada. Funciona bien hasta cierto punto pero requiere de reformas y de más recursos. De enorme importancia es que antes de pedir más autonomía valdría la pena implementar lo que ya existe. Hay autonomía en lo educativo y cultural-lingüístico pero no se aplica. Igualmente importante, como me lo señaló alguien versado en lo político en las islas, con un esquema de gobernabilidad tan corrupto e ineficiente como el de las islas (siempre dominada por uno de dos facciones políticas), es preferible que se sigan manejando algunas cosas desde Bogotá.

Una opción que se discute en ciertos círculos es la posibilidad de que las islas adquieran un estatus de libre asociación ya sea con Colombia misma o con otro país. Nuevamente, es claro que ni el ejecutivo ni el legislativo colombianos permitirán esto. Pero, en el hipotético caso en que se dé, entramos de nuevo en el juego de la necesidad de recursos y si se obtienen de algún lado vendrían con condiciones. Puerto Rico es “libre y asociado” con respecto a los Estados Unidos pero está en bancarrota y Washington tiene que cubrir ciertos rubros presupuestales.

⁴ Organización para el Control de Circulación y Residencia

Un panorama nada alentador y en gran medida pesimista. ¿Será mejor malo conocido que bueno por conocer? Prefiero quedarme con Colombia pero quiero verla haciendo más y mejores cosas por las islas. ¿Por qué algunos líderes locales quieren apostar a poner a las islas en un sendero con un futuro incierto o entusiasmarlos con metas jugosas pero inalcanzables? ¿Será ese el mejor camino para las islas? ¿Qué se yo? Solo soy una voz y un voto. ¿Por qué no aprovechamos lo que tenemos y, dentro de los parámetros, luchamos por una mejoría? Como hijo de padre y madre 100% nativos de Providencia (con sangre blanca, negra y china, resultado también de un proceso migratorio y con la paradoja de que tengo más

familiares en las Islas Caimán que en Colombia, pero con más lealtad a mi isla y a mi país) me duelen en el alma los problemas de las islas, sobre todo el detrimento cultural y lingüístico. Las cosas no van a volver a estar como esaban. Hemos “progresado” en algunas cosas, irónicamente. Los debates que se están dando deben seguir. Es más, creo que se deberían impulsar más porque de ellos salen muchas ideas y ponen las cosas en mejor perspectiva. Debemos escuchar a todas y a cada uno. Nadie, por respetado, carismático y versado que sea, tiene el monopolio de las ideas. Sólo así sabremos qué les conviene más a nuestras adoloridas islas.

